

## RECENSIONES

DJILAS, Milovan: *The New Class*. Ed. Frederick A. Praeger. Nueva York, 1957; 214 págs.

El libro de Milovan Djilas constituye la más grave y la más fundada crítica jamás dirigida en contra del comunismo como sistema y como filosofía. Esta crítica no viene desde fuera, ni es la conclusión de una huida a través del telón de acero. Djilas está en la cárcel yugoslava de Mitrovica y ha sido el colaborador más importante de Tito, su virtual sucesor en el poder. Djilas ha sido comunista desde joven y ha estudiado el marxismo desde el punto de vista político y filosófico, pero también ha sido un héroe de la resistencia durante la última guerra y ha participado en el gobierno de la nueva República comunista yugoslava. Se trata, por consiguiente, de un pensador político formado en el marxismo y llegado al poder en un momento en que el comunismo se apoderaba de toda la Europa central y oriental. Sin embargo, en 1954 Djilas fué expulsado del partido comunista yugoslavo y condenado a tres años de prisión en 1956. Estas condenas coinciden con la evolución ideológica de Djilas y con su autosituarse más allá de sus límites ideológicos y políticos.

El primer desengaño en la vida de Djilas fué su encuentro con Stalin a penas terminada la guerra. El joven luchador descubría de pronto en Stalin el verdadero rostro del comunismo: el despotismo. En gran parte, la ruptura entre la U. R. S. S. y Yugoslavia se debe a aquel encuentro, ya que Djilas no ocultó a nadie sus impresiones. Durante varios años Djilas siguió en la creencia de que una vez separada de Rusia, su patria iba a progresar, dentro del mismo comunismo, hacia los verdaderos ideales del marxismo, tales como él los había estudiado y amado en su juventud, o sea, la libertad y la igualdad. Pero esto no

fué posible. En 1954 fué expulsado del partido por haber pedido una ancha democratización del régimen de Tito. En 1956 fué encarcelado por haber publicado en una revista norteamericana un artículo en el que defendía a los insurrectos de Budapest y por haber profetizado el fin del comunismo. *The New Class* fué escrito entre 1954 y 1956. Mientras el libro aparece en los escaparates de todas las librerías del mundo libre y circula, clandestinamente, en todos los medios intelectuales de los países ocupados, Djilas sigue en la cárcel. Es posible que pague con la vida su atrevimiento, ya que "Politika", el periódico del partido comunista yugoeslavo lo declara "traidor a la causa del proletariado" y enemigo de la coexistencia. La publicación de su libro quedará, pues, como uno de los actos más representativos de nuestro tiempo; el acto heroico de un intelectual decidido a sacrificarse para que el mundo sepa la verdad.

La tesis de Djilas es que la revolución fué necesaria en Rusia ya que antes de la primera guerra mundial el capital extranjero controlaba el 40 por 100 de la industria del país. Esto, en sí mismo, no quiere decir nada. Pero es importante si se tiene en cuenta el hecho de que este capital en manos extranjeras no producía ningún beneficio para el país, en lo que al progreso espiritual y material se refiere. El partido que, por consiguiente, tenía que hacer la revolución en Rusia tenía que ser un partido anticapitalista. Hasta aquí, evidentemente, puede afirmarse que el partido comunista coincidió con los deseos del pueblo ruso. Lo malo vino después de la revolución. En el capítulo titulado "Carácter de la revolución", Djilas esboza un interesante paralelo entre la revolución comunis-

ta y las demás revoluciones de la historia, la francesa especialmente. Mientras la Revolución Francesa, como las demás revoluciones llamadas *burguesas*, destruyeron un antiguo sistema político y social, despótico e injusto, e implantaban poco a poco un Estado democrático, la revolución rusa, al destruir el antiguo orden despótico, creó un orden nuevo, también despótico. "En las revoluciones comunistas, la fuerza y la violencia son una condición para el futuro desarrollo y hasta para el progreso. En el lenguaje de las revoluciones precedentes la fuerza y la violencia no eran más que un mal necesario y un medio para lograr un fin. En el lenguaje de los comunistas la fuerza y la violencia se hallan elevadas a la alta posición de un culto y de una meta final. Y más adelante: "Aún si las revoluciones occidentales han de desembocar inevitablemente en la democracia, después de todas las "aberraciones" y las "retiradas", en Oriente las revoluciones han de terminar en el despotismo." La revolución comunista no fué más que el primer acto interpretado por un grupo despótico basado en una autoridad totalitaria. En las demás revoluciones el grupo, o los grupos revolucionarios, han desaparecido después de la victoria de los principios revolucionarios. En Rusia el grupo—puesto que se trató de un solo grupo revolucionario—se quedó en el poder y continuó en el tiempo los métodos y las prácticas de la revolución. Los pertenecientes a otros grupos políticos, aún si se trataba de grupos antitradicionalistas, han sido científicamente liquidados. La *masacre* de Katyn, o de los intelectuales y políticos pertenecientes a los países bálticos, es una prueba de esto. Otra diferencia establecida por Djilas es la siguiente: mientras las demás revoluciones han hecho todo lo posible para garantizar los derechos individuales, apenas terminado el período del terror revolucionario, creando un conjunto de leyes para la protección de los ciudadanos y una administración independiente de la justicia; el régimen comunista no ha logrado crear este conjunto de leyes, ni ha logrado implantar el principio de una independiente administración de la justicia, después de cuarenta años de gobierno. Y, por fin: los resultados obtenidos por las demás revoluciones, aun cuando estas revoluciones terminaban por ser controladas por la burguesía, se volvía en provecho de todo un pueblo, es decir, de todas las clases

sociales. Los campesinos y los "sans-culottes" fueron también beneficiados de la revolución burguesa de 1789. Las masas cooperaron también en la revolución comunista. Sin embargo, no fueron las masas las que se beneficiaron de los resultados de la revolución, sino la burocracia, es decir, la aristocracia del partido.

Es a esta "nueva clase", a esta aristocracia del partido comunista a la que Djilas dedica todo un capítulo de su libro. "Todo en la U. R. S. S., escribe Djilas, ha ocurrido de manera diferente a la profetizada por sus dirigentes, aun si estos dirigentes han sido de la importancia de Lenin, Stalin, Trotzky y Bukharin." Todos ellos han creído que el Estado iba a ser eliminado y que la democracia iba a ser rápidamente establecida. Todos ellos han creído que un alto nivel de vida iba a suceder a la revolución. Y ha sucedido lo contrario. Hasta en los países de la Europa central y oriental, subyugados por el comunismo, el nivel de vida ha bajado. Todos han creído que las diferencias entre las ciudades y las aldeas, entre el trabajo intelectual y el trabajo físico iban a desaparecer en seguida. En cambio, estas diferencias han ido aumentando. También las vaticinaciones con respecto al desenvolvimiento del mundo capitalista se han averiguado como falsas. También falsa se ha averiguado la profecía sobre la desaparición de las clases. En efecto, en otras naciones la clase victoriosa tenía siempre un antecedente social en la misma vida económica y social que había precedido el período revolucionario; mientras que en Rusia la nueva clase no tuvo ningún precedente, tanto social como económico. Hubo que crearla desde la nada, a través de una disciplina especial, basada en una filosofía y una ideología idénticas para todos sus componentes. Lenin tenía razón cuando decía que el partido comunista era una excepción en la historia de la humanidad, pero nunca pudo sospechar el hecho trágico, para esta misma historia, de que el partido iba a ser el principio social de una nueva clase. Esta clase goza actualmente de los mayores privilegios políticos y económicos de los que jamás gozó alguna minoría dominante, ya que, además del monopolio político, ella posee también el monopolio administrativo. Sin embargo, el origen de esta clase es proletario, así como el origen de la aristocracia es campesino y el de la burguesía comercial, pero

La nueva clase no se interesa ya en el proletariado más que en la medida en que este proletariado significa posibilidad de producción. Los proletarios, bajo el dominio de la nueva clase, se encuentran en la misma situación que bajo el dominio de la burguesía capitalista, con la diferencia de que el capitalismo burgués puede evolucionar hacia formas sociales equilibradas, como en U. S. A., donde las diferencias entre las clases están por desaparecer, mientras que, bajo el comunismo, esta situación no puede cambiar nunca, ya que el despotismo es característico del comunismo, y que comunismo quiere decir dominación de una minoría selecta sobre las masas eternamente proletarias.

El poderío de la nueva clase reside en el hecho de que dispone del uso, del control y de la posesión de todos los bienes materiales de la nación. Hay otros países en los que un partido en el poder dispone del control de los bienes nacionales, pero nunca un partido ha sido propietario y beneficiario exclusivo de tales bienes. También en EE. UU. o en Gran Bretaña o en Suecia el Estado controla industrias y tiene propiedades, pero el Gobierno no dispone de ellas y siempre existe un Parlamento que puede pedir las cuentas de esta gestión. El comunismo ignora el Parlamento. Los que pertenecen a la "nueva clase" pueden cometer los mayores y más absurdos despilfarros y locuras, pero nunca tienen que dar cuenta de su gestión. Nunca ha sido destituido en U. R. S. S. un ministro por los errores "técnicos" cometidos, sino siempre por sus reales o supuestos errores políticos, ya que un ministro, o sea un miembro de la minoría dominante, administra los bienes del Estado como si fueran los suyos propios. De aquí la fuerza material de la "nueva clase". De aquí también su debilidad, basada en la injusticia social. En el año 1935 un obrero ganaba unos 1.800 rublos por año y un secretario político de distrito llegaba a los 45.000 rublos. Desde entonces las cifras han cambiado, pero la proporción es la misma. De aquí, también, la situación parasitaria de la nueva clase, cuyos infinitos privilegios y riquezas se basan en el trabajo de los demás. La élite del partido está hoy constituida por unos revolucionarios profesionales y la llamada propiedad colectiva no es más que una palabra para disfrazar el hecho de que la propiedad real pertenece a la burocracia

del partido. Esta situación es la causa del desastre económico de la Rusia comunista, desastre que aparece claramente no sólo al visitar las ciudades y aldeas del paraíso, sino también al comparar las frías cifras que dan cuenta de la producción y de la renta antes y ahora. Un campesino de la Rusia zarista no ganaba menos que un campesino de la Rusia actual, ni la producción era menos que hoy. Y si se incluyen en este cálculo comparativo los millones de campesinos que han muerto para que el régimen pueda implantar la colectivización, el paralelismo resulta espantoso. En líneas generales, las ventajas han sido sólo para la nueva clase. La mayoría no ha notado el cambio producido por la revolución, o si lo ha notado no se ha percatado de ningún progreso realizado a su favor.

Sostiene Djilas que el hecho de considerar al comunismo bajo el punto de vista de la "nueva clase" no constituye una llave para explicarlo todo, pero sí constituye una correcta posibilidad de explicación para todos los cambios que ocurren detrás del telón de acero. Ningún cambio es posible, a pesar de los discursos de Kruschev. Ningún cambio esencial puede producirse, ya que la "nueva clase" no podrá nunca renunciar a sus privilegios, sin perder *ipso facto* el poder. El descontento de las masas, urbanas y rurales, es grande, pero repartir, por ejemplo, la tierra a los campesinos, significaría desposeer a la clase privilegiada, quitarle gran parte de su riqueza, y esto la "nueva clase" no lo puede aceptar. Se habla a veces de la posibilidad de una dictadura militar en U. R. S. S. Esto sería, sin duda, un gran progreso, ya que la U. R. S. S. dejaría en aquel momento de ser comunista y el partido no sería más que un recuerdo. Una dictadura militar significaría el fin del comunismo en Rusia y el de la "nueva clase" que nunca aceptará un cambio de régimen, militar o civil.

La conclusión de Djilas es que, después de la muerte de Stalin, el verdadero fundador de la "nueva clase", el comunismo ha entrado en un período de decadencia de la que no se podrá salvar. Por un lado, ninguna medida podrá ser tomada para que la gente viva mejor o para que tenga más libertad, ya que la tiranía y el despotismo es la condición *sine qua non* del régimen y ninguna reforma podrá ser realizada sin poner en peligro, junto con la situación privilegiada de la clase conduc-

tora, la existencia misma del comunismo; por el otro lado, las masas bregan por conseguir el bienestar y la libertad. El choque es inevitable, ya que, detrás de la "nueva clase" no hay más que una inmensa oposición. El comunismo, escribe Djilas, es una permanente guerra civil y de algún modo tendrá que terminar.

No podemos concluir este breve análisis de uno de los libros más importantes escritos en nuestra época, sin poner otra

vez de relieve el valor humano de su autor el cual critica severamente al mismo régimen de Tito, encerrado como está en una cárcel titista. Su alto ejemplo no dejará de dar frutos, en beneficio de los millones de oprimidos que viven bajo un régimen que constituye un tropiezo esencial en el camino del entendimiento y de la paz en que se encuentra actualmente el género humano.

VINTILA HORIA.

NORMAN, D. Palmer, y HOWARD, C. Perkins: *International Relations, The World Community in Transition*. Stevens & Sons Limited, bajo los auspicios del "London Institute of World Affairs". Londres, 1954; 1.270 págs.

Bien ha podido subrotularse esta obra *La Comunidad mundial en transición*. Claramente se nos dice en la página tercera: "La crisis de nuestra edad no es una cosa temporal. El mundo está cambiando ante nuestros ojos. Es completamente probable que estemos viviendo uno de los grandes períodos de transición de la Historia humana."

Y consultando la obra de Palmer y Perkins se asiste al desfile de una serie de conceptos de la vida internacional en revisión.

Por lo pronto, una cosa es cierta: nuestra época exige el máximo a la inteligencia.

Un elemento indudable de enjuiciamiento y de aleccionamiento lo ofrece la Ciencia de las Relaciones Internacionales. Por más que, según leemos en esta obra, se trate de una disciplina lejos de estar bien organizada. (De pasada, anotemos por nuestra cuenta uno de los achaques de la joven disciplina—bastante más que un simple quehacer periodístico—, advertido por Dunn: la relativa poca atención que los investigadores de las relaciones internacionales parecen dar a las cuestiones de método y de análisis sistemático.)

Los problemas del nacionalismo (nacionalismo integral; nacionalismo universalista, etc.) y de la soberanía reciben merecido comentario y agudas observaciones. Comprendamos el interés. En la página 69 leemos: "Las dos grandes fuerzas en las relaciones internacionales son el nacionalismo y la soberanía. Esta es la base jurídica del sistema de la Nación-Estado; el naciona-

lismo es su potencia motriz espiritual o sentimental."

Particular relieve posee el enfoque de los elementos integrantes del *poder nacional*. Para Palmer y Perkins, este viene constituido por la geografía, los recursos naturales, la población, la tecnología, la moral y el *leadership*.

El asunto se presta a múltiples asertos. Todos los factores—desde los *más* materiales hasta los de raíces *más* espirituales—entran en el juego del valor del Estado contemporáneo. Ello resulta natural. No es la primera vez que aludimos al sino de los Estados del presente: el *estar en forma* permanente. ¿Cabe la extrañeza ante esa realidad, "en el siglo de hierro en que estamos sumergidos"—en expresión de André François-Poncet—? En todo caso, figuras políticas de nuestra hora han pensado en esa dirección. Citemos, a título de muestra, las palabras que pronunciara Oliveira Salazar el 4 de julio de este año, en la ceremonia de investidura de los nuevos miembros del Consejo Ejecutivo de la Unión Nacional: "Internacionalmente, los países valen por su población, por su riqueza natural y por su potencia económica. Pero también pueden valer por su posición estratégica y, en todos los casos, por lo que ellos representan en tanto que factores de una política."

Una indicación exige el estudio del significado de las potencias. Los autores comentados describen el cuadro de la posición de las grandes potencias con efectividad en las relaciones internacionales de los pasados doscientos cincuenta años. Partiendo de Fox, analizan las superpotencias del mo-

mento actual (Estados Unidos y Rusia y una *poor third*, la Gran Bretaña). Sostienen la posibilidad de protagonismo de las potencias medias (de un modo o de otro—aunque, a veces, con vacilación—: Argentina y Brasil; España y Yugoslavia; Canadá e Italia, y Turquía) y también de los pequeños Estados (citándose la *posición de regateo*—por ejemplo, la de Irán—, con todos sus riesgos).

Claro es que existe el problema de la inserción de Francia, de Alemania, de la India y de China. De una forma o de otra, Palmer y Perkins les asignan un *status* de grandes potencias, en razón de las fuerzas heredadas del pasado o en razón de su futuro (*potencias en potencia*).

Todos los grandes temas familiares a los dedicados al estudio y comentario del contemporáneo monipodio interestatal merecen el interés de estos estudiosos: geopolítica, propaganda, *political warfare*, seguridad colectiva (con atinadas estimaciones), acuerdos regionales y alianzas—de la *Petite Entente* y Locarno a la Comunidad atlántica y la unidad de Asia—).

Una nota destacable de esta obra es su conciencia de las nuevas fuerzas y de las nuevas ideas. Así, se nos asegura: "Asia es consciente de sí misma y el siglo asiático ha empezado." Y, al hablar del significado de China en los ámbitos internacionales, se recoge el aserto de H. Arthur Steiner: "La política exterior en la China comunista es un instrumento consciente de la revolución social, inseparablemente unido a las perspectivas ideológicas del marxismo-leninismo."

Parejamente, cuando tantos con un desconocimiento absoluto de la médula de los asuntos mundiales auguran la desintegración del mundo británico, las apreciaciones vertidas en este volumen acerca de tal asunto se hacen acreedoras a una mención. Del libro reseñado extraemos estos pensamientos: "Vastos cambios se han operado dentro de la Commonwealth y las tendencias centrífuga se han hecho más fuertes recientemente. Sin embargo, la Commonwealth probablemente ha sido el más afortunado de todos los agrupamientos internacionales y verdaderamente sería una cosa disparatada vanagloriarse escribiendo su ne-

*crología*." Incluso, téngase en cuenta cómo se ha hablado en los ámbitos de los cultivadores de lo internacional, de *comunidades colaborantes* (R. Ago). Y, en este camino, registremos unas manifestaciones del Presidente del Consejo de Portugal: "La Comunidad luso-brasileña, la Comunidad británica y la Comunidad hispánica que está en camino de organizarse, englobando a las naciones americanas de filiación española, pueden constituir tres de los principales factores de Orden y de estabilidad de la política internacional."

Y la exégesis de la cuestión de la reorientación de la política exterior de la Gran Bretaña constituye otra muestra de discreción.

Claro es que los extremos destacados por nosotros no son los únicos estudiados. Ello resulta fácil de comprender. Baste subrayar que el panorama entero de las relaciones internacionales se ve sometido a comentario sistemático. No ha de sorprender que se estudie la obra de la O. N. U. Pero sí tiene el carácter de índice la circunstancia de que se recoja en un párrafo (poco más de siete líneas) la acción del UNISCAN.

Resumiendo, excelente *Tratado*. La vida internacional contemporánea aparece con un extremado perfil de complejidad y de dificultad. Bueno es tener los medios para valorarla.

Pues sí, según ha afirmado el mejicano Luis Quintanilla, "un diplomático del ya maduro siglo xx debe aprender a pensar y actuar en términos de intereses mundiales, y no de política nacional solamente", "debe especializarse en conciliación mejor que en controversia"; no se olvide otro sentir, el de Philip W. Buck—del Departamento de Ciencia Política de la *Stanford University*—: "Con frecuencia—en el imperfecto mundo en que vivimos—, meramente negociar no es bastante. Parece ser necesario *negociar desde la fortaleza*".

¡Conciliación mejor que controversia!  
¡Negociación desde la fortaleza!  
¡Comunidad en transición!  
¿Quién, con sensibilidad y conciencia, no ha de explicarse el rumbo del género humano?

LEANDRO RUBIO GARCIA.

